

“TAN CERCA PERO TAN LEJOS”

Sentado sobre la litera de abajo y con la mirada perdida no se inmuta cuando el vigilante le grita: “¡Chaval, se te va a enfriar la sopa!”

Los pelos alborotados cubren parte de su cara pero aún así le calcula no más de veinte años. Su aspecto descuidado contrasta con unas facciones suaves, casi imberbe. Le contempla con cierta compasión.

La habitación es rectangular, con dos literas, un retrete, un lavabo sin espejo, dos mesas de formica gris al igual que las taquillas y dos sillas no aptas para soportar demasiado peso. Está solo. Su taquilla vacía. Llegó sin equipaje.

Ha pedido un cepillo de dientes y cigarrillos pero por la sonrisa del vigilante sabe que no se los darán. Ante la petición de una llamada no obtuvo respuesta.

Tampoco se inmutó cuando abrieron la puerta y depositaron la bandeja con la cena en la mesa. La cena de Nochebuena.

Ve la otra mesa y la otra cena. Ovalada. El mantel blanco bordado con ramilletes de flores en cada esquina. Azules y amarillas. El de las celebraciones. En medio la flor de pascua con adornos navideños a su alrededor: ángeles, algún trineo con su papá Noel, figuritas de madera... Pequeñas velas rojas, una por cada uno de los ausentes. Varía cada año la decoración pero en esencia es la misma.

Alrededor cuencos con los aperitivos: berberechos, almejas, mejillones... Distintos embutidos y quesos. Cuadrados de pan con

salmón y ese sucedáneo de caviar negro y rojo sobre la mantequilla que se deshace en la boca. Su preferido.

Una gran fuente con langostinos destinada en especial para él, que no es devoto de la merluza a la vizcaína, ni la dorada a la sal u otros platos de pescado. Desde la cocina llega el olor del asado y el trepidar de platos. En la mesa de madera ya están preparadas las bandejas de cristal con los dulces simétricamente colocados y la macedonia del postre. La bebida fría, esa noche se cena con vino y cava. Suenan villancicos por encima del run-run del televisor. A esas horas ya se han duchado y arreglado para la cena. En la esquina del salón las luces intermitentes del árbol cada vez alumbran más. Hay paquetes a su alrededor, envueltos con papeles llamativos y lazos de colores. Alguno para él, casi siempre ropa... El salón es muy amplio, está lleno de plantas, libros y fotos. La chimenea le da mucho calor... Estarán preocupados por su tardanza.

“¡Venga chaval, aquí tienes tu llamada!” “¿A quien se le ocurre robar una moto en esta noche?”

Levanta la vista: “Quería ir a mi pueblo para cenar. Solo quería llegar a tiempo para cenar.”

M^a Isabel Ruano

Diciembre 2012